

Patologías discursivas en la narrativa del petróleo del siglo XXI

***Hombres de petróleo* de Juan Páez Ávila**

Julia Elena Rial

La primera lectura a esta intensa y extensa impronta, estilo periodístico, nos advirtió sobre tres patologías que debilitan la ficción en el negocio petrolero para enunciarlo en un espacio de: politiquería y corrupción. Lo profundo del tema y la velocidad con que ocurren los hechos, además de la dinámica del discurso, ameritan reflexionar sobre esos vampiros que en la novela mantienen anémicos los beneficios petroleros.



Juan Páez Ávila

El escritor trata de encontrar un punto de equilibrio entre quienes gerencian la corporación. Pero lo más importante lo constituye el rediseño de un campo de lucha hegemónica, entre quienes manejan las direcciones políticas, para dimensionar una perspectiva social, que no logra transmitir sus postulados en forma transparente, debido a los intrínquilis de la corrupción y ambiciones de poder.

El lenguaje se va condicionando en un permanente simulacro para esconder lo fraudulento de las actividades que desarrollan los directivos. El petróleo se convierte en la justificación de otras actividades periféricas, en la sustancia que permite ser manejada con un flujo de beneficios económicos para el grupo de poder.

La verbalidad desprejuiciada coincide con indeterminaciones estructurales en el quehacer petrolero, y estas son suplantadas por intervenciones contingentes. Aquí el escritor introduce el sexo como una lógica suplementaria que integra la naturaleza de simulación, envolvente de todas las actividades referidas. Al trazar los personajes femeninos, desde una perspectiva destructiva, se realiza un proceso de desidentificación y se crea un imaginario atrofiado por la hiperpolitización, que desconstruye todas las tradiciones e ideales de libertad.

Hombres de petróleo es una novela de hallazgos más que de resultados. Lo inesperado, el adonde se ha podido llegar, lo que se captura contra la voluntad interesa más que las ideas. Sin embargo el escritor muestra como en el mundo del negocio petrolero actual perderse, desplazarse a diferentes niveles de la utopía de poder, es más factible que encontrarse con la realidad. Relata un medio donde la defunción semántica del amor, la lealtad y la amistad marcan la pauta narrativa.

La empresa es utilizada como un verdadero laboratorio de experiencias y experimentaciones posibles, donde el corpus ya existente se mezcla con ingredientes que lo transforman, no para reconstruir sino para destruir, con débiles y peligrosas formas gerenciales, de quienes lo atraviesan sin poseerlo. El lugar nunca aprehendido, nunca apropiado y nunca reconocido como espacio permanente. Los hombres y mujeres se perfilan sin atributos, nos referimos al adjetivo que califica y valora un sujeto, se trata de personajes que escapan a toda clasificación, como presencias sin rostro, destruidos por la corrupción y la carencia de libertad.

Novela interesante que disocia política y democracia, valiéndose de un lenguaje, cuyo cierto relajamiento lo sentimos coincidente con la necesidad o el deseo de ficcionar un algo escabroso, dentro del ámbito de ciertos hechos pseudo-ficcionales. Diríamos que la destrucción del negocio petrolero se insinúa con una semiótica deformadora del lenguaje literario, una relación directa con la imagen que representa. Un equívoco bien relatado, o, tal vez, una forma literaria emergente de la realidad delirante.

El escritor nos da a entender que el nuevo sistema creado, al no ser portador de aparente organicidad y ética, no ha logrado funcionar como antídoto para la corrupción de la economía petrolera. Páez parece reconocer que el lenguaje literario puede ser un escollo en el desarrollo de esa temática y logra tejer una semántica, entre política y corporativa, para que su ficcionalidad deje de ser ilusoria.

Hombres de petróleo crea un mundo paralelo, con un lenguaje que exige un caudal de comparaciones, entre las paredes corporativas y el mundo cotidiano. La palabra en los predios petroleros de la novela traducen un vacío legal y formal, y ningún nivel disminuye la importancia del otro.

Hacemos referencia a *Hombres de petróleo*, no sólo por ser una de las más recientes ficciones sobre petróleo, sino porque es interesante profundizar sobre cómo el escritor relaciona lo volátil de la incuria de quienes manejan el negocio petrolero, con un lenguaje que rápidamente derrite las alas de unos Ícaros que aún sin ellas quieren seguir volando.

El doble discurso en *Un hombre de aceite* de José Balza

Cada día las ficciones del petróleo extienden sus tentáculos hacia diferentes objetivos que, reales o ficticios, sorprenden el imaginario del lector y producen las tensiones propias de toda intriga, distorsión o inescrupulosos comportamientos,

ángulos humanos que los escritores tratan de sesgar, a veces para minimizar los efectos, y otras para que sea el lector quien saque sus propias conclusiones.

En *Un hombre de aceite* José Balza nos introduce en un entramado verbal, donde el erotismo se convierte en la aventura cotidiana de un gerente petrolero, deslumbrado por una seductora mujer, que lo envuelve con el poder del dinero. Es el rústico quehacer en una neomodernidad petrolera que deslumbra a sus novatos participantes.

Toda la novela muestra como los personajes negocian unos con otros, en actuaciones entreveradas con el discurso de excelente pulcritud, que contrasta, intencionalmente, con la actitud resbalosa de Luis Samán, alto empleado de una petrolera, para quien el vínculo afectivo y social se reduce a sus necesidades y conveniencias, utilitarismo simbolizado en rituales sexuales, agentes mediadores que le permiten establecer aparentes lazos humanos.

La novela no reelabora épocas pasadas, las transforma en una acumulación perversa de beneficios personales, errores, caos que Balza expresa con una verbosidad, que lleva implícito el contraste entre la palabra y la fisura que envuelve la vida de sus personajes. Las rupturas espirituales se van delineando con un lenguaje que afecta las reacciones del lector, y logra, así, el choque efectivo entre representación verbal y temática.

La dinámica de *Un hombre de aceite* se va estructurando en función de situaciones equívocas, de choques de ética y solidaridad, con actitudes polarizadas de ambiciones personales y grupales, muchas veces paradójicas entre el decir y el actuar.

El escritor pone énfasis en la pérdida de lugares, afectos y cargos ejecutivos, que desplazan los proyectos sociales, hacia no se sabe qué lucrativos negocios ilegales, como el caso de la expulsión del gerente Ochoa, cuya honestidad era un escollo para los dirigentes de la corporación.

Al transgredir las puertas del lenguaje ético, la novela se extravía, intencionalmente, en la pérdida de los objetivos, que se sugieren al principio de la narración. El clientelismo y el personalismo son rasgos determinantes, todo se arregla para favorecer a la persona elegida, y con ello se asegura la lealtad incondicional. Balza describe un feudo institucional impenetrable para quienes no pertenecen al grupo controlador. La contemporaneidad crea una ficción sobre la feudalización de la corporación petrolera.

Dentro de la narrativa del petróleo, en Latinoamérica, *Hombres del Petróleo* y *Un hombre de aceite* se pueden ubicar en el caos que envuelve una especie de neogótica petrolera actual, con resonancias ojivales como en la descripción que realiza Balza al referirse: "al esplendor de Coro, la gracia de su cintura, el pecho redondo y firme"

(2008, p.123). El nudo de las ficciones, en ambas novelas, se hace y deshace en torno a Directivos y Gerentes que se sienten poseedores de esa gran riqueza que manejan sin escrúpulos.

Cada escritor representa la época que relata según sus criterios literarios. Páez Ávila considera que el lenguaje impactante y flexible del periodismo ficciona

mejor lo dúctil del negocio petrolero, con el cual desea conmover y agitar al lector. Construye las oraciones en secuencias de un lenguaje cotidiano, que aluden directamente a los acontecimientos, sin mediar un aparente proceso de ideas y evaluaciones.

Balza piensa desde la estructura narrativa, desde ella va construyendo su historia, el afuera se va subordinando al adentro, y desaparece a medida que el protagonista se corrompe. El escritor recurre a interpolar personajes de diferentes características, en afán de contrastar virtudes y defectos. Se trata de relatar una economía vulnerable con estricto rigor de lenguaje. Demostrar que la palabra narrativa puede ser perfecta y expresar, en su literalidad, procesos sin resolver; contenidos imaginarios, que engañan por su pulcra textura de estabilidad verbal.

Balza nos sumerge en un verdadero juego narrativo que, poco a poco, se desprende de ideologías. La corrupción carece de ellas. Lo que interesa es el segundo lenguaje: construir un objeto literario anticultural, antiético, que implique profanación de la exigencia de perfección de su discurso. Por eso la ironía del erotismo- corrupción, la percepción de lo social utilizado como proyecto ficticio, abren zonas de convergencia, que expresan, con precisión, la ambigüedad fraudulenta como estereotipo cultural del negocio petrolero en la obra balziana.

Balza muestra la herida social de alienamiento que envuelve a su país ficticio, y es desde su ajustada retórica que convierte el discurso en una segunda significación, que remite a referentes antiguos, al óbolo permanente que, desde Zoroastro, exige el petróleo a quienes se obnubilan con sus riquezas. Como al principio de la vida del petróleo, sólo la onomatopeya y el mito del poder y del dinero ocupan el lugar de la palabra.

La novela arqueológica

Poza rica de Javier Suárez Mier.

En el 2010 se publica una novela, que parece querer alterar las caóticas coordenadas discursivas posmodernas, con un ordenado discurso arqueológico. Se trata de Poza Rica del escritor y periodista español Javier Suárez Mier. La novela es dueña de una organización que determina estructuras secuenciales, donde el protagonista, que narra, homologa la ficción con modos de vida, predecesores de acontecimientos petroleros en Poza Rica, ya relatados en 1989 por Héctor Aguilar Camín en su novela *Morir en el Golfo*.

La historicidad del conocimiento, que investiga hechos "a priori" del tiempo de la escritura (1935- 2005) logra, por su ininterrumpida secuencia, mantener la coherencia del discurso. Suárez introduce, en el México petrolero de esos primeros años, los mitos laborales y de poder político que, aún hoy, dominan el mundo de la industria petrolera.

Desde su visión literaria, Suárez Mier reconoce la organicidad del desarrollo de la industria, y también las alteraciones producidas en sus estructuras. El Protagonista, Diego Cienfuegos, penetra en ellas para construir el personaje de un

abuelo desconocido, que dejó España al inicio de la República española, contratado por la petrolera "El Águila" de Poza Rica, y nunca regresó. "En las convulsiones de aquellos años, a la guerra civil española le sucedió la guerra mundial, mi abuelo desapareció para siempre de las vidas de su mujer y de su hijo y, por supuesto, de las generaciones posteriores, o sea, de la mía." (p.28).

Dos narradores se convierten en historiadores del período de creación del sindicato único del petróleo en México, y de oscuras e inconfesables maniobras. Uno de ellos escritor y el otro protagonista, que busca un pasado lleno de sorpresas. Muchas veces se atraviesa la opacidad de los hechos, para buscar, infructuosamente, el misterio del comportamiento del abuelo. El nieto no trata de comprenderlo, sino de definir una vida, donde las apariencias se confunden con las ilegalidades del cartel, y del sindicato petrolero. La novela es una reescritura, la descripción de un discurso de algo que ya pasó y que se convierte en objeto literario.

El hacer y el decir cotidiano lo reconstruye Suárez sobre la base de relatos orales, de testigos presenciales, quienes ejercen un proceso de memorización transformadora que, aunque tergiversa los hechos, marca las huellas para hurgar en el pasado de la historia nacional y regional del México petrolero. No con la idea de inventariar pretéritos, sino más bien para entrelazar tiempos, espacios y procesos culturales, donde se pueden encontrar causas que expliciten la petrodinámica social actual. No olvidemos que el tiempo literario es cíclico, regresamos, una y otra vez, sobre hechos pasados en afán de reconocimiento; un volver atrás que nos recuerda que la creación literaria es atemporal.

El escritor relata la complejidad y distorsión de un mundo petrolero, donde la violencia y el fanatismo potencian la agresividad de una estructura política, que no se detiene en muertes para ejecutar sus planes.

Poza Rica delinea las huellas de un hoy mexicano. Mariflor Aguilar Rivero habla de "micropoderes" que, en México, estimulan la violencia entre sí. "Tienen una fuerza tal que pueden destruir una vida o aniquilar conciencias, efectos tan brutales a veces que legítimamente pueden reconocerse como violentos." (En Sánchez Vázquez, 1997, p.215.).

Michel Foucault (1979) considera que las relaciones de poder penetran en los cuerpos, se trata de formas de actuar que obedecen a inconfesables propósitos que se manejan con un sistema de dominación, el cual garantiza la subordinación política de determinados grupos sociales.

En *Poza Rica* los hechos se asientan en una violencia que contrasta con la actitud pacífica del narrador, acontecimientos y vocabularios se estimulan, recíprocamente, para prolongar la violencia iniciada en 1935, hasta el tiempo de la escritura, 2005.

El relato va creando una violencia de "efecto espiral", no se trata de un fenómeno circunstancial ni unidireccional, su dinamismo se manifiesta en dos polos que, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, se enfrentaron por el problema de la nacionalización del petróleo; agravado por la preguerra mundial, período

durante el cual Alemania exigía de México grandes cantidades de crudo, para alimentar sus necesidades bélicas.

Suárez realiza una llamativa coyuntura narrativa, donde involucra estos diferentes intereses políticos, ensamblados con una coherente estructura discursiva. Cada grupo explicita sus justificaciones de la violencia, que cambian de acuerdo a las circunstancias y necesidades.

En la primera década de este siglo tenemos dos relatos, aparentemente, distintos del poder y la violencia en el contexto del petróleo. En *Un hombre de aceite* ambas formas de dominación se ejercen sobre el otro a través del erotismo y placer, una violencia refinada, con un factor concomitante de complicidad. La víctima del poder parece atrapada por las circunstancias, que él mismo sistema ha contribuido a crear, al aceptar hechos de corrupción dentro de sus actividades. Podríamos considerar que se trata de una violencia refuncionalizada, ya no de represiones y muertes, sino de sustitución de los esquemas establecidos por otros también destructores y ocultos.

En *Poza Rica*, aún cuando envolturas bizarras atraen la atención del texto, sin embargo el escritor se encarga de que no olvidemos sus intenciones literarias cuando dice:

“Muchas veces parece que el objeto de una búsqueda es encontrar algo cuando, en realidad, el objetivo es la búsqueda en sí...De repente me estaba privando del regusto y la emoción de la propia búsqueda...había sido tan fácil y rápido que se me había negado el pacer del pesquisador, encontrando respuesta a cada una de las preguntas.”, el ir avanzando poco a poco, encajando las piezas (2010, p.99-100).

Esa es la tarea del Escritor-arqueólogo, hurgar en todos los rincones, desde Felguera (Asturias) hasta Poza Riza y Campeche. Una Búsqueda llena de “rocamboleras artimañas”, que dan cuenta de la importancia de ese pueblo petrolero, que producía el 46% del crudo mexicano.

Los reclamos del sindicato y los conflictos de un proceso revolucionario que se había corrompido, y no cumplía lo ofrecido, recuerdan la obra *El Engranaje* donde Sartre reproduce, en un país ficticio, los problemas de las represiones y racias campesinas en la Rusia comunista. Sartre cuestiona la violencia porque viola los derechos humanos y significa una solución antinatural y artificial.

En Poza Rica el camino de la violencia se incrementa con el fanatismo, entre verdugos y víctimas y, disfrazado de violencia reivindicativa, pierde sus objetivos y se convierte en personal, se refuncionaliza en una lógica perversa de fundamentalismo político.

Suárez nos deja una esperanza, son los jóvenes los que rechazan todo la violencia para decir: “ Si no dejamos en nuestro corazón un espacio para la leyenda, para el mito, para los sueños, para creer en cuentos ¿Qué será de la humanidad? (2010, p.108).

Suárez Mier entrega una historia fabulada, que nos recuerda la *Tesis sobre el concepto de la Historia* de Walter Benjamín donde dice: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo como verdaderamente ha sido,

significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro” (1973, p.4).

En este siglo XXI podemos hablar de una restricción generalizada del discurso en las narraciones del petróleo. Desaparece la deliberación, no hay denuncias ni protestas, escasean las polémicas constructivas. Sin embargo una neo retórica posmoderna se esboza, y parece querer interrogarnos sobre cuál sería el posible significante. En los entremeses del lenguaje sólo se percibe el vértigo de una triste realidad, la de un relevo discursivo, convertido en la perversidad del corazón paradigmático del petróleo en las petronovelas.

El petróleo desde sus entrañas. *El Petróleo viene de la luna de Gustavo Coronel*

Llega a nuestras manos una Crónica novelada sobre el petróleo en Venezuela, con el sugestivo título *El Petróleo viene de la Luna*. (2013), cuyo autor es el Geólogo petrolero venezolano Gustavo Coronel.

Como dice Antonio Pasquali, autor del Prólogo, “Las obras literarias nacionales, de argumento petrolero, que caben en los dedos de la mano, han analizado el tema desde afuera; la presente novela intenta analizarlo, por primera vez, desde sus propias entrañas.” (P.10).

No es nuestra idea buscar el sentido del devenir petrolero en las novelas que lo abordan. Sin embargo, hoy encontramos, en algunas narraciones, sugerentes formas de la industria petrolera que, a través del tiempo, revelan conductas del producto en la actualidad. Y este libro de Coronel tiene el atractivo, no sólo de mostrar las intimidades técnicas y económicas del Oro negro, sino de ser “artífice de su eternidad” (si es que el petróleo pudiera ser eterno) para conocimiento de las generaciones futuras.

La importancia de esta pseudo-ficción se ubica, en la necesidad del antiguo mene, en mostrar los secretos técnicos, científicos y económicos, ignorados por mayorías que disfrutaban de sus beneficios. Hasta el título es una gran perífrasis que nos saca de nuestra ignorancia.

“Al depositarse en áreas marinas tranquilas, de pobre oxigenación, el contenido orgánico de las aguas sufrió una lenta descomposición, eventualmente formando rocas llamadas euxínicas, es decir rocas densas, de color negro, con abundante material orgánico. Esas rocas se conocen hoy en la literatura geológica venezolana como formación de La Luna, por haber sido descritas originalmente en la quebrada de La Luna de la región zuliana.” (p.28).

La narración destaca la importancia de entrelazar las diferentes etapas de la producción petrolera, con aspectos autobiográficos, mimetizados en un narrador, el geólogo Bernardo Mateos, cuya vida transcurre entre pozos, taladros y oficinas corporativas. Quien será el encargado de darnos las pistas para deshilar la madeja de tantos hitos, de un negocio globalizado, difícil de comprender y de volver a hilar cuando se destruye.

El escritor intercala el ameno lenguaje de un cronista que, émulo del español Cieza de León o de López de Gomara, traslada al lector al siglo XV cuando: "Los monjes de Wiese, en Bavaria descubrieron un pequeño manadero de aceite, al cual le dieron el nombre de San Quirino. Los moradores del lugar estaban convencidos de que el aceite manaba del cuerpo del santo." (p.17).

Coronel nos va llevando desde el mito a la realidad, sin obviar los conocimientos de su formación de geólogo, A momentos nos sentimos involucrados con una envolvente viscosa, cuyos colores varían según su área de hallazgo, para ligarnos de lleno con este producto que, aunque perecedero, domina la economía del mundo. Perecedero, no sólo por agotamiento de los pozos, sino porque, como personaje vivo, necesita controles por medio de "sismogramas, verdaderos electrocardiogramas de la tierra".(p.88). Otras veces sus arterias se obstruyen y pueden sufrir la "Arterioesclerosis del oleoducto, la pérdida del diámetro útil debido a las adherencias..." (p.167).

Y son esas tuberías obstruidas, los taladros ya obsoletos, las nuevas tecnologías, las manipulaciones políticas, a través de diferentes etapas, las que alimentan este constructo narrativo. Una especie de museología literaria donde todos los tiempos están presentes en su proceso acumulativo, en una simbiosis verbo-visual, con los Museos de Comodoro Rivadavia, en Argentina, o de Barranca Bermeja en Colombia (Venezuela carece de Museo del petróleo).

Coronel nos involucra, con su pasión petrolera, en temas que conllevan diferentes significantes: acopiar documentos, revolver testimonios, recopilar tradiciones, para ofrecernos una entidad literaria nacida de un ideal, y relatada para despertar el interés de las nuevas generaciones. Es así como el protagonista de Coronel ya no es el geólogo, ni tantos otros que van dejando huellas en el camino andado. El petróleo llena todos los espacios, es un protagonista que va cobrando energía, hasta llegar a ser el centro de la novela, como lo es de nuestra economía.

El petróleo es el creador, sin restricciones. Gustavo Coronel, el estudioso, el estructurador de una historia, sin desmayos. Un escritor que trabaja sobre materiales sedimentados. Nos interesa el proceso en el transcurrir de las novelas del petróleo. Ver cómo se va transformando el gesto de la petronarrativa, conocida hasta hoy por su rechazo al petróleo. Convertida por Gustavo Coronel en la narración de la memoria de una riqueza le ha dado bienestar al país y que rige su economía.

Coronel inicia un modelo que organiza la producción petrolera de Venezuela, no con deseos de establecer taxonomías, sino para mostrar que se trata de un producto cuyos tiempos acumulan buenas y malas políticas. El escritor muestra que el antes y ahora petrolero, se comprende adentrándose, de lleno, en los tiempos de los petrodiscursos político- económicos. Desde luego, el eje está centrado en la libre interpretación que cada lector realice, y en ávidos críticos y jueces.

El geólogo-escritor acude a un lenguaje abierto, que accede a las mayorías lectoras, a pesar de no poder omitir la terminología científico-técnica, insustituible

en el constructo petrolero. Coronel manifiesta la inquietud, de proteger la vida del mundo relatado; correlato de las dudas y temores que surgen, desde la angustia expresada a través del lenguaje. Es la verbalidad la que da respuestas a la unívoca pregunta sobre el conflicto actual del petróleo en el país. Un sobreviviente, complejo, contradictorio, que siempre ha sufrido las críticas de los narradores.

En este caso, al adentrarnos en el meollo de la industria, ya no estamos ni con el modelo modernista de Daniel Rojas en *Elvia*, ni leemos la posición contestataria de José Rafael Pocaterra en *Tierra del sol amada*. Tampoco los sesgos, limítrofes con la vanguardia, de Díaz Sánchez en *Mene, Lejos*, también del modelo ideológico- socialista de Oficina No I de Miguel Otero Silva.

Las petronarrativas del siglo XXI sesgan significados, que, más allá del orden cronológico, se relacionan entre sí por las intrigas y manipulaciones relatadas por Coronel, Balza, Páez Avila o Suarez Mier. Los cuatro escritores se corresponden en narrar como los excesos deterministas, conllevan violencias y decisiones jerárquicas, que en nada favorecen al conjunto país. Ejemplo de ello se evidencia en *Un Hombre de aceite* cuando Balza le hace decir a Cristóbal Ochoa, honesto y eficiente gerente de la Corporación petrolera del país ficcionado de Caranat, que el Presidente: " Ha recogido en su inconsciente las peores energías del remoto caudillismo y del partidismo... Y la envoltura cotidiana de todo eso no es más que el uso aplicado del petróleo, inocente y perversamente insustituible por ahora." (p.117). (Y al día siguiente es destituido de su cargo y los dineros que manejaba traspasados a cuentas privadas) " La distribución debe ser proporcional- dice Coro al Gerente Luis Samán- Ningún general puede recibir más que otro. Nosotros tampoco." (p.119).

Es el mito, el aura que rodea al producto el que lleva al escritor a realizar un ejercicio catártico, indispensable, en el caos del hoy, dentro del cual estamos inmersos.

Es el petróleo en sí mismo, con su atractivo histórico milenar, es el que Coronel convierte en logos científico, a través de 26 años de su evolución en Venezuela, durante los cuales ha participado el geólogo narrador. La figura del poder político, en las diferentes etapas, indican aciertos y desaciertos. Es así como Coronel enfoca el petróleo como el producto mundial que los venezolanos deben reinventar porque: "La historia de Petróleos de Venezuela durante estos diez años y la manera como el ingreso petrolero ha sido utilizado es una tragedia que es necesario narrar" (p.305).

Referencias bibliográficas

- Aguilar Camín, H (1988). *Morir en el Golfo*, México: Circe.
Aguilar Rivero, M. (1998). "Violencia y micropoderes", en *El Mundo de la violencia* Sánchez Vázquez Editor, México: FCE

Balza, J. (2008). *Un Hombre de aceite*, Caracas: Editorial Latina. BID y Co editor.

Benjamín, W. (1961). *Sobre el programa de la filosofías futura y otros ensayos*, Caracas: Monte Ávila.

Campos, M. A. (1994). *Las novedades del petróleo*, Caracas: Fundarte.

Carrera, G.L. (1972). *La Novela del Petróleo en Venezuela*, Caracas: Concejo Municipal del Distrito federal.

Coronel, G. (2010). *El Petróleo viene de La Luna*, Bogotá: González & Cia Ltda.

Foucault, Michel. (1979). *Microfísica del poder*, Barcelona: La Piqueta.

Germani, Gino. (1965). *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós.

Páez Ávila J. (2008). *Hombres del petróleo*, Caracas: Sello de fuego Editores.

Pérez Schael, M. S. (1993). *Petróleo, cultura y poder en Venezuela*, Caracas: Monte Ávila.

Sartre, J. P. (1976). *El Engranaje*, Buenos Aires: Losada.

Suárez Mier., J. (2010). *Poza Rica*, Madrid (Unión Europea): Circulo Rojo.